

sobre dogmas revelados, la caída, la redención y el juicio final.

Esta mal llamada filosofía coloca en la historia al diablo en el lugar de Dios; y aunque mantiene la idea cristiana de un gobierno providencial, no impide que el diablo sea dueño y señor del mundo. Desde luego él abre la historia por la tentación y la caída. ¡Singular filosofía de la historia, exclama un espiritual discípulo de Hegel, que comienza por deplorar que haya historia! (1). ¿Cuál es el destino de la humanidad desde la caída hasta Jesucristo? ¿Puede decirse que Dios la dirige? Por el contrario, condena a los hombres a muerte eterna, lo que equivale a decir que los abandona a Satanás. En efecto, todos los pueblos están entregados a la idolatría; ¿y qué significa el culto de los ídolos sino la adoración de los demonios? Dios escogió un pueblo, imperceptible minoría del género humano, y sólo este pueblo elegido recibe la revelación salvadora; el resto de la humanidad ignora a Moisés y a los profetas; no hay otro gobierno providencial para las naciones paganas que la justicia terrible de un Dios que las abandona al espíritu del mal (2).

La venida de Jesucristo ¿cambia este orden de ideas? ¿Inaugura el gobierno de la Providencia? De haberse cumplido las palabras del que vino a salvar a los hombres, no habría historia, porque la misma generación que las oyó no debía presenciar el fin del mundo. La creencia de que este acontecimiento tendrá lugar desde que la *buena nueva* se extienda sobre toda la tierra se mantiene siempre viva. Ahora bien, durante ese tiempo, más ó ménos largo, ¿gobierna Dios a la humanidad? Pudiera creerse así, puesto que Dios se ha encarnado para salvar a los hombres; sin embargo, nada de esto se admite. Hay en el Evangelio una palabra funesta que reproduce bajo el imperio de la ley nueva la división de la antigua: muchos son los llamados, pocos los escogidos. Los que no entren en este número, ¿á quién pertenecen? Á Satanás. ¡Siempre el diablo dueño del mundo! ¡Siempre su imperio dilatándose hasta la consumación final! Reinará en la persona del Antecristo, y si concluye por ser vencido, no por ello dejará de

(1) GANS, *Prefacio de la filosofía de la historia* de HEGEL, página XI.

(2) SCHLEGEL, *Philosophie der Geschichte* (Obras, t. XIII, páginas 97, 11, 43, 190-194).

arrastrar á los infiernos la mayoría del género humano: con Dios irá un reducido número, con Satanás la masa de los réprobos.

Los lectores creerán acaso que satirizamos la idea que da el catolicismo del destino humano, y, por consiguiente, de la historia. Si resulta ridícula y odiosa, no es nuestra la culpa; ántes nos quedamos muy por bajo de la realidad. Un escritor de la reacción y orador ilustre va á decirnos lo que es la filosofía de la historia cuando se toman en serio los dogmas católicos. Hemos afirmado que no hay historia posible sin la doctrina del progreso. Donoso Cortés asegura, por el contrario, que el dogma de la perfectibilidad es un error fundamental, y de este concepto debe participar todo católico, en el terreno de la moral y de la religión. Donoso Cortés, como Schlegel, parte del dogma de la caída, lo que equivale á la negación de todo progreso. "El hombre, desde el instante en que fué, tuvo conocimiento cierto del fin para que ha sido creado, del camino que debía recorrer para llegar á ese fin, y de las leyes inmutables bajo las cuales debía vivir durante su corta peregrinación. Al mismo tiempo tuvo conocimiento de las leyes que debían seguir las sociedades humanas. El conocimiento que de estas leyes se le diera constituye lo que se llama revelación, y la revelación de todas estas cosas constituyó al hombre por un solo acto en un estado de civilización perfecta é incomparable," (1).

La perfección, por tanto, existe en el principio. Luego el progreso es imposible: ¿cómo perfeccionar la perfección? Sin la caída, la historia no hubiese existido. ¿Qué es la historia después de la caída? El mismo nombre lo indica: una decadencia que irá en aumento hasta la consumación final. Sin embargo, el Hijo de Dios, en su caridad infinita, ha venido á salvar á los hombres, y ha fundado una Iglesia que conserva el depósito de la verdad. Basta esto para echar por tierra las teorías frívolas y vanas de los modernos racionalistas, según los cuales "la sociedad y el hombre pasan de un progreso á otro progreso, operando la humanidad por sí misma y sola su propia transformación, á impulsos de todos esos progresos sucesivos," (2). Desde las alturas de la verdad revelada, Donoso

(1) DONOSO CORTÉS, *Bosquejos histórico-políticos*, VIII (Obras, tomo II, p. 504).

(2) DONOSO CORTÉS, *Bosquejos histórico-políticos*, VIII (Obras, tomo II, p. 507).

Cortés compadece el dogma de la perfectibilidad humana, que, según él, se reduce á una invención de los filósofos, cuya profesión es el engaño, valiéndose de ella para adormecer á los pueblos, esos niños que no salen jamás de la infancia (1). Ellos les han hecho creer que el Renacimiento del siglo XV fué un gran progreso, cuando no pasó de una restauración del paganismo literario, y quien dice paganismo dice imperio del demonio. "La civilización moderna no podía venir al mundo bajo más tristes auspicios. Si bien se la examina, esta civilización no es otra cosa, en el orden religioso, moral y político, que una decadencia progresiva y continua," (2). ¿No equivale esto á afirmar que el diablo reinará hasta el fin de los siglos? ¿Qué dicen, en efecto, las Escrituras? exclama Donoso Cortés: "Que el Antecristo será el dueño del universo, y que entonces vendrá el juicio final," (3). Esta catástrofe suprema ¿pondrá término al imperio de Satan? Por el contrario, le establecerá definitivamente y para toda la eternidad. ¿Qué significa, pues, la filosofía de la historia? El triunfo *natural* del mal sobre el bien. Ahora bien, si el hombre solamente obra, como dicen los empiricos llamados filósofos, el diablo únicamente reinará. Si al lado de los réprobos hay algunos elegidos, débese á la acción *sobrenatural* de Dios por medio de una intervención *directa, personal y soberana*. En definitiva, la historia es la lucha del diablo con Dios, y el diablo, por más que se le suponga vencido, resultará siempre vencedor: á falta de la calidad, tiene la cantidad.

¿Vale la pena contestar á estas locuras? La humanidad las ha tomado en serio durante mucho tiempo; hoy se burla de las creencias con que la han asustado en su infancia; ya no cree en el diablo, y á pesar de la reacción de la superstición y de la ignorancia, no volverá á creer en él, no; está plenamente convencida de que el pensamiento gobierna al mundo, y el pensamiento es Dios. En vano ciertos hombres, deslumbrados por sus preocupaciones, le dirán que el progreso es una decadencia continua; el efecto sería el mismo que si una cohorte de ciegos negase la luz. ¡Que hay deca-

(1) DONOSO CORTÉS, *Bosquejos histórico-políticos*, VIII (Obras, tomo I, p. 366).

(2) DONOSO CORTÉS, *El parlamentarismo* (Obras, t. II, página 257).

(3) DONOSO CORTÉS, *El parlamentarismo* (Obras, t. I, página 348).

dencia continua en el orden religioso! En efecto, los hombres no creen ya lo que creía Jesucristo; entre los necios no los hay tan rematados que admitan aún la posesión. Los hombres no creen ya lo que creían los papas: estos vicarios infalibles de Dios, que conservan el depósito de la verdad absoluta, creían en la hechicería; á su voz, millares de infelices, acusados de un crimen imposible, fueron arrojados á las llamas; ya no se quema á los hechiceros. ¡La decadencia en el orden religioso es tal, que ni los heréticos van ya á la hoguera, y bien pronto sólo por la historia se sabrá lo que ha sido el santo tribunal de la Inquisición!

La misma decadencia se nota en el orden moral. En otros tiempos se creía que Dios ordenaba el crimen. La Escritura, llamada Santa, está llena de robos, de asesinatos, de pillaje, cometidos por orden de Dios. Desde que los empiricos, apellidados filósofos, han enseñado la humanidad á los hombres, no se cree en la santidad del crimen. La decadencia es evidente. En otros tiempos reinaba la poligamia en el pueblo de Dios; hoy la castiga el código penal, gracias á la inmoralidad creciente que invade al mundo. San Pablo reprobaba el matrimonio, admitiéndole solamente como una triste necesidad de nuestra naturaleza corrompida, y á su voz millares de santos llenaron los desiertos y los conventos, aniquilando los instintos del cuerpo en provecho del alma. Los racionalistas han puesto término á esa santidad, y pretenden que la naturaleza resiste cuando se trata de violentarla, y que de aquí proceden los crímenes contra naturaleza de que los tribunales están llenos. Los filósofos han engañado de tal suerte al mundo, que se estima en más el matrimonio que la virginidad, y que en lugar de considerarlo como un remedio contra la concupiscencia, se le enaltece como lazo de las almas y condición de perfeccionamiento.

La decadencia en el orden político es aún más evidente. ¿Quién ignora que la Escritura Santa consagraba la esclavitud? ¡Ah! Los empiricos no leen los libros sagrados é ignoran la palabra de Dios; por eso dicen que Dios ha creado iguales á todos los hombres y que la esclavitud es el mayor de los crímenes. Pronto no habrá más esclavos sobre la tierra, y este será un signo de que la corrupción llega á su colmo y de que el Antecristo se aproxima. Los filósofos, esos *engañadores* de profesión, predicán á los hombres la libertad, y sobre

todo el libre pensamiento, para seducirles; en esto son órganos de Satanás, patriarca de los libres pensadores. Los derechos del hombre y las garantías políticas que los sostienen manan de la misma fuente, fuente emponzoñada que dará la muerte eterna á cuantos beban sus aguas.

Dejemos á los charlatanes para entrar en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia. Cerca de dos mil años van trascurridos desde que grita á los hombres: "Yo sola poseo la palabra de vida; entrad en mi tienda y encontraréis la salvacion eter-

na; sólo os pido la abdicacion de la razon, el abandono de vuestros bienes deleznales; pero os daré en cambio la beatitud eterna, mercado de oro en el que no perderéis otra cosa que lo mismo precisamente que os perdería, y ganaréis una felicidad tal que la imaginacion no alcanza á concebirla. Los *empíricos* dicen que esa es una felicidad imaginaria en un cielo imaginario. Guardaos de creerlos, so pena de servir luégo de pasto al fuego del infierno, con Satan, padre de toda filosofía.

LIBRO PRIMERO.

DIOS EN LA HISTORIA.